

# EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8 REALES TRIMESTRE. INSTRUCCION—RECREO.—UTILIDAD. | 15 REGALOS CADA MES

SUMARIO.—Ecos de Melpómene, por don J. M. Marin.—Profesion espinosa, por don M. J. Ruiz.—La Experiencia, poesía, por don Julio de Eguilaz.—Una pasión desgraciada, por don M. J. Ruiz.—Poesía alemana, traducción de don J. Fernandez Matheu.—Pedro.—Miscelánea.—Charada.

## ECOS DE MELPÓMENE.

### MINIATURAS HISTÓRICAS

POR J. M. MARIN.

(Continuación.)

#### CUARTO ASUNTO.

##### I.

Corría el año de 1520.

Por la imponente y régia cámara del Alcázar de Madrid, paseaba lentamente un hombre meditabundo.

Vestido de un modo espléndido y severo, de talante marcial, de aspecto grave, brillando en su mirada una altivez soberana, aquel hombre era la primera figura de su siglo y el mundo le saludaba respetuoso bajo la doble denominación de Carlos de Austria I de España y V de Alemania!

Nada perturbaba el sosiego de la augusta mansión, á escepcion de los pasos del Emperador y Rey, y del golpe que á intervalos resonaba fuera de la cámara, dado sobre el mármol del pavimento, con el regaton de su arma, por el noble de guardia.

En medio del silencio, un tapiz de ter-

ciopelo se levantó y detrás de sus pliegues resonó, anunciando, la voz del primer Gentil-hombre de servicio:

—¡D. Rodrigo Pimentel, conde de Benavente!

Penetró en la cámara un anciano vestido de negro, de noble y reposado continente que hacia aun mas digno y grave la lengua y blanca barba que, creciendo al gusto de la época, llegaba hasta su pecho.

Pendiente de su diestra sostenia una rica toca cuya larga pluma besaba la alfombra.

Llegó hasta D. Carlos y dobló una rodilla.

El Emperador le levantó.

—Llegas en buen hora, noble conde; te esperaba: le dijo.

El preclaro anciano se inclinó profundamente.

—Sí, continuó D. Carlos, deseaba darte una comision.

—Espero, señor, vuestras órdenes y por muy feliz me tengo en recibirlas.

—Ya sabes, continuó el emperador, la venida á estos reinos y á mi córte del valiente duque de Borbon: el Gran Condestable es una buena espada y merece mi estimacion; pienso ponerlo á la cabeza de mis ejércitos en Italia; mas ínterin llega el momento de su partida allá, quiero hospedarle dignamente y para ello cuento contigo....

—Conmigo, señor!...

—¿Qué hay en ello que te sorprenda, conde?

—Señor, el duque de Borbon es de

nacion francés, y dicen que á pesar de ser hijo de ese suelo, es su enemigo, y que está resuelto á batirse contra la bandera de la Francia!

—Y bien?

—Perdóneme V. M. I.: el duque de Borbon es un traidor!

—Cuestion es esa que ignoro, que no quiero tocar; solo sé que el Duque es por su voluntad, general de mis armas, y que es la mia que le presteis alojamiento!...

—¡V. M. sabe que el ínclito solar de mis mayores, jamás ha soportado otras huellas que las de hidalgos y leales; el duque, ...

—¡Por Dios vivo.... que creo que Nos faltais!...

Hubo un momento de páusa solemne y terrible.

Luego añadió Cárlos I:

—¡Habitaciones dareis, conde de Benavente, á Nuestro primo el duque de Borbon en nuestra residencia de Madrid, porque así cumple á nuestro servicio y por que tal es nuestra soberana voluntad!

Habeislo oido: despejad!

Y el monarca hizo un gesto de indescriptible imperio dando la audiencia por concluida.

El conde de Benavente, entonces avanzó un paso mas.

Despues, con voz severa y altiva, y midiendo cada frase, pues conocía su gravedad, exclamó, arrostrando de frente la mirada de águila del César:

—Señor! hidalgo castellano, mantenedor de los timbres de mi casa, en los que no existe mancha alguna, he expuesto á V. M. I. los graves y justos motivos por que rehusaba dar albergue al condestable de Borbon; Vos, señor, á pesar de ellos, mandais que lo reciba: como vasallo leal, solo me cumple decir como lo digo: *Sea como lo quiere vuestra soberana voluntad!* mas como prócer de este suelo, descendiente de una estirpe esclarecida, en mi nombre y en el de toda la grandeza española, á la que, en mi persona se hace fuerza, protesto al par

contra la órden que acabo de recibir...

¡Por tanto, yo, don Rodrigo Pimentel, Grande de España, de primera clase en estos reinos, ante V. M. I. y R. protesto contra el mandato que se me ha dirigido: juro, sobre la cruz de mi espada, que es contrario á mi derecho; y en uso de las ínclitas dignidades anexas á mi alta gerarquía, declaro ofendido mi honor y me cubro!...

Y con una calma que hacia solemne lo espantoso de la situacion, el noble se puso la toca, cuya gallarda pluma onduló altanera sobre su enhiesta cabeza!

Acto continuo, se inclinó profundamente, y salió del aposento andando de espaldas.

## II.

Algunos dias despues. el antiguo palacio de los condes de Benavente, era teatro de la siguiente trágica escena.

Un anciano, el conde, el mismo que hemos visto arrostrar con heroica entereza el enojo del gran Cárlos V, acompañaba en son de despedida hasta el umbral de su casa, á un arrogante caballero que, armado á la gineta, caminaba á su lado.

El caballero era el condestable duque de Borbon, general por Cárlos V, en el ejército de Italia.

Al llegar al dintel, el conde se detuvo.

El condestable hizo un ceremonioso cumplido de despedida, al que únicamente contestó el de Benavente con esta concisa frase:

—¡Dios os guie!

Sin duda así fué, pues de allí á poco tiempo la Europa entera vió con estupor caer la espada de Francisco I., en los campos de Pavía, á los pies de Borbon y de Pescara!

Apenas partió el francés, internóse en su palacio el viejo conde y llegando á la cámara de honor, su servidumbre sorprendida le oyó gritar con voz ronca y fiera:

—Una antorcha!

Trájosela un page.

Tras este acudieron los demás y el resto de la servidumbre, inquietos y asustados.

Tomó el magnate la antorcha que arrojaba un penacho de llamas y aproximó el fuego á los tapices del salón por diversos puntos.

Un grito de pavor comprimido se escapó del grupo de los servidores.

El conde les miró amenazador y luego les dijo:

—Huid, huid antes que el incendio os alcance; salvaos de él en buen hora; pero, silencio! pues ¡guay del que llame ó pida auxilio!

Todos huyeron.

El de Benavente pasó de aquel á otro salón, é hizo lo mismo que en el que dejaba.

Después á otros.

Luego arrojó la antorcha, sin apagarla, lejos de sí, y abandonó su casa con paso firme y aspecto letal y sombrío como la fatalidad.

Esta fué la venganza del noble. De ese modo el buen caballero español creyó que debía limpiar la tacha puesta en su blason por haber hospedado, aun cuando contra su deseo, al duque de Borbon.

Este cuadro podria titularse: *La reparacion de Pimentel.*

Es asunto hermoso, y ya ha tenido el bautismo de la poesía, si no recordamos mal, en un bellissimo romance original del ilustre autor del *Don Alvaro*, potente génio por cuyo reciente fin llevarán largo tiempo luto las Musas.

¡Ojalá este episodio tropieze en venideros días con un buen pincel!

## PROFESION ESPINOSA.

Entre todas las *profesiones*, ¿cuál te parece que es, lector querido, la que proporciona menos utilidad bajo el punto de vista *metálico* y mayor suma de tabardillos, disgustos, penalidades, peligros,

sofocones, reyertas, enemistades, altercados, peloterías, aburrimiento, dolores de cabeza, irritaciones, malos días y peores noches, etc., etc., etc., etc.?

Ya te considero, lector *pagano*,—y *pagano* te llamo porque supongo que serás de *pago* y no de *pega*, ó de *gorra*, por mas que este género, que para las empresas periodísticas es *averiado*, abunde mucho en nuestros días;—ya te considero, repito, echando á volar tu imaginación por esos trigos de Dios en busca de la profesion mas monumentalmente mala de todas las profesiones habidas y por haber.

¿Maestro de escuela? ¡Quiá! Esa es muy divertida.... cuando la paga está *corriente*.

¿Abogado? Menos. La abogacía es una *mina* y una *escala* á la vez.

¿Escribano? Ni pensarlo siquiera. Si no hubiera pícaros ni se muriesen los ricos, entonces sería otra cosa.

¿Comerciante? Bobería! Siempre hay ocasion para dar gato por liebre, y esto es sumamente.... socorrido.

¿Farmacéutico? Tampoco. ¡Ya vé usted lo *desagradable* que será el ganarse un 300 por 100!

¿Empleado? Jamás! Esto de comer la *sopa boba* es el colmo de la felicidad.

¿Médico? No puede ser. *Que haya un cadáver mas, ¿qué importa al mundo?*...

Suspende, lector pío, el vuelo de tu imaginación, porque por mas que te devanes los sesos, como decirse suele, es posible que no descifres el enigma.

¿Quieres saber, sin calentarte los cascos, cuál es la profesion á que he aludido? Pues escucha, y horrorízate!

La de periodista!  
Te parecerá mentira, pero es el Evangelio.

Si es redactor de un diario político tiene que violentarse extraordinariamente para hacer prevalecer el interés de partido sobre la imparcialidad y la justicia.

Si el periódico es de oposicion tiene que poner en tortura su magin para ha-

cer que se vea negro lo que es blanco, y si ministerial, le es preciso ponerse en evidencia para convertir en blanco lo que es mas negro que la conciencia de un usurero.

Se le escapa una palabra que no está en perfecta armonía con el *color* del periódico ó una apreciación que no está dentro de las *doctrinas* que éste sustenta, y el director le regaña, y el propietario le echa una reprimenda, y hasta los mismos suscritores se creen con derecho á censurarle acerbamente y á motejarle de ignorante.

Denuncia un *pastel*, y el *pastelero* aludido le busca y le exige una satisfacción, y tiene que ir á darse de cuchilladas con su adversario, quiera ó no quiera, sepa ó no tirar el sable ó el florete.

Saca á relucir la vida política del funcionario X: denuncia al canto. Y se vé envuelto en un proceso á cuyo término está el destierro ó el presidio.

Cambia la *situación* en un sentido diametralmente opuesto á las ideas que el periodista defendía, y tiene éste que irse á comer el amargo pan de la emigración.

Es redactor de un periódico de intereses materiales: ¡pues ya está fresco!

Hace ver las ventajas de que una carretera cruce el término del pueblo A, y las personas interesadas en que vaya por el de B mandan al periódico un comunicado negando tales ventajas y poniendo al pobre periodista como hoja de peregril.

Emite imparcialmente su parecer sobre esta ó la otra mejora de ornato ó de utilidad pública, y si la aplaude no falta quien le moteje de estúpido suponiendo que á esa mejora debería preferirse otra: si la censura, lo critican por su falta de patriotismo y de conocimiento de las necesidades públicas.

¿Pide la introducción de cereales extranjeros? Se dice que conspira contra la agricultura de su país. ¿Niega la conveniencia de la introducción? Aseguran á pié juntillos que se ha *vendido* á los aca-

paradores y le llaman verdugo de los pobres.

¿Dice que está mal servido este ó el otro empleo? Pues al punto suponen que lo que se propone no es otra cosa que hacer que *boten* á la persona que lo desempeña para ocuparlo él.

Si escribe la *Gacetilla*, ya tiene lo que le hacia falta para estar siempre dado á los diablos.

Le estrecha constantemente el empresario de teatros para que dé *bombo* á los artistas; el sacristán para que pondere el lujo con que se efectuó esta ó la otra procesión; el autor dramático para que *forme atmósfera* á la comedia que ha presentado á la censura; el químico para que levante á las nubes el mérito de los productos de su laboratorio... todos, en fin, se creen con derecho á reclamarle elogios.

Se lamenta de que en tal ó cual espectáculo se ha sorprendido la buena fé del público; y los que se juzgan aludidos le ponen en la alternativa de rectificar la especie ó de aceptar un desafío.

Si se queja de que los faroles no alumbran bastante, de que la limpieza pública está descuidada, de que los serenos duermen á pierna suelta en los escalones de las puertas, de que los coches van al escape poniendo en peligro la vida del transeunte, tratan de probar, con el *inocente* objeto de ponerle en mal lugar, que es enemigo de los contratistas del alumbrado y de la limpieza, que se lamenta del servicio de los serenos porque el de su barrio no lo acompaña hasta la puerta de su casa, y que odia á la aristocracia.

El pobre periodista, lo diremos de una vez, es el rigor de las desdichas, el caballo blanco de *Campanone*. Si se queja, malo; si no se queja, peor. Si dice la verdad, se espone á mil peligros; si no la dice, le motejan de desleal, parcial, venal y de otras cosas acabadas también en *al*.

Periodista quiere decir *último mono*, por

la sencilla razon de que siempre le toca perder, bien sea el crédito, la paciencia, el dinero ó la salud.

Si la *comadre* que me ayudó á venir al mundo hubiera sabido esto y que yo iba á ser periodista, estoy por asegurar que me hubiera ahogado, y á fé que me hubiera hecho un grandísimo favor.

M. J. Ruiz.

## LA EXPERIENCIA.

(UN CAPRICHIO.)

De la tierra ver quise  
Todo el misterio,  
Y la débil araña  
Me dió el ejemplo.

Por la cárcel del hombre  
Tendí mi tela:  
¡Nada en el mundo pasa  
Que yo no sepa!

No hay fugaz pensamiento  
Que tanto vuela,  
Que en mis lazos ocultos  
Preso no quede.

Por los hilos sutiles,  
Que activa esparzo,  
Se me viene á mi centro  
Lo mas lejano.

Y sin moverme nunca  
De un solo punto,  
El corazon devoro  
De todo el mundo.

En las llagas mas hondas  
Voraz me cebo,  
¡Y por eso destilo  
Tanto veneno!

Todo cede á la fuerza  
De mi dominio:  
¡Ay del ser que en mis nudos  
Queda cautivo!

No perdono á quien ciñen  
Las redes mias:  
Sus profundas entrañas  
Pongo á la vista.

Unos allí descubren  
Secretos gratos:  
Otros ¡ay! solamente

Ven desengaños.

Y felices los unos,

Me nombran *sabia*:

Y los otros gimiendo,

Triste me llaman.

Todos cáutos evitan

Mi red inmensa;

Pero no hay quien sus ojos

No clave en ella.

Que es ley de los mortales,

Sacar provecho

Los que en el mundo viven

De los que fueron.

Error, ciencia, ignorancia,

Goces y penas,

Mentiras y verdades,

Fausto y miseria.

Honores y deshonra,

Lo bueno y malo,

Todo al hambre que abrigo

Sirve de pasto.

Entre ruinas que ocultan

Muertos despojos,

Cada vez mas seguro

Se alza mi trono.

Yo para el mundo ciego

Soy necesaria:

Yo soy en sus naufragios

Dichosa tabla.

¡Ay del dia en que vuela

Yo de la tierra!

¡Ay del dia en que falte

Yo, la *Experiencia*!

Julio de Equilaz.

## UNA PASION DESGRACIADA.

La ví, y me enamoré de ella. ¡Era tan hermosa!

Estaba en el balcon, y á no ser porque iba acompañado de mi amigo Luis me hubiera parado á contemplarla.

Al final de la calle volví la cabeza y aun estaba en el balcon.

¡Y me miraba!

¡Oh felicidad!

Aquella noche <sup>\*</sup> <sup>\*</sup> no pude conciliar el sueño.

Pensaba en ella; en ella, tan blanca, tan brillante, tan inteligente....

No bien hubo despuntado el nuevo día, me planté en la calle resuelto á pasear por la de ella hasta tanto que la viese.

Llegué palpitante de entusiasmo, y... ¡estaba el balcon cerrado!

Tal vez la ingrata dormía sin pensar en mí!

¡Horror! ¡Desesperacion!

Tentado estuve por ir á la Agricultura y tirarme de cabeza á la ría.

¡Cómo no había adivinado ella en mis miradas la vehemente pasión que había llegado á inspirarme!

Volví á mi casa.

Tomé por distraerme el *Diario*, y merced á la *narcótica* lectura de los *Apuntes de una cartera* me quedé dormido.

¡Qué delicioso fué mi sueño, soñando con ella!

Cuando desperté eran las cuatro de la tarde.

Estábamos en el mes de Julio y hacia un calor sofocante. Sin embargo, esto no me arredró. ¿Qué me importaba pillar un tabardillo si podía tener la dicha de verla?

Salí á la calle.

Cuando llegué á la en que ella vivía... me creí trasladado al paraíso.... ¡Estaba en el balcon!

Al verme hizo una especie de mueca deliciosísima, sacudió su hermosa cabeza y... no ví mas.

Desde el interior la llamaron por su nombre y desapareció del balcon.

Esto no me afligió, porque ya tenía la certidumbre de que llegaría á poseerla.

El gozo me había enloquecido. Mi cabeza ardía, mi corazón palpitaba con una fuerza de doscientos caballos.

Necesitaba emociones violentas....

Me encaminé á la Rivera... y tomé un baño.

Dentro del agua concebí un proyecto diabólico. Pensé... ¡en un raptó!

¡Lo que vale un baño á tiempo!

Volví á su calle decidido á apoderarme de ella.

La idea era atrevida, peligrosa, ocasionada á graves consecuencias. Yo estaba dispuesto á arrostrarlas todas.

No estaba en el balcon.

Esperé cinco minutos, diez, quince, veinticinco.

La ingrata no se dejaba ver.

¿Si me habría engañado?

Lo confieso sin rubor: entonces creí en la eficacia del suicidio!

Pero de repente la ví, no en el balcon, sino en la puerta de la calle.

Me estimulaba á acercarme á ella. ¡Oh ventura sin igual!

Me acerqué, la hice una caricia.... y se estuvo quieta....

¡Oh felicidad! Había ganado la partida....

La noche había tendido su velo... No transitaba nadie por la calle... Ella no se apartaba de mi lado.

La tomé en mis brazos y escapé con ella!

Una hora después la tenía á mi lado en mi habitación.

Tres días pasé á su lado contento y satisfecho. Me seguía á todas partes dentro de mi casa, porque yo no la permitía salir á la calle ni asomarse á balcones ni ventanas.

Ella comprendía sin duda el por qué de estas precauciones, y no exhalaba ni aun una queja.

Al cuarto día salí por la madrugada. Ella bajó á la puerta á despedirme y salió al promedio de la calle á tiempo que pasaba el sereno.

La hice una última caricia, y partí!

Al regresar á mi casa por la noche ella no salió á recibirme.

Tuve un presentimiento horrible, y pregunté por ella. Nadie me respondió! La llamé por su nombre, y no acudió! Comencé á buscarla por la casa... Al entrar en una habitacion desamueblada un espectáculo horrible se ofreció á mi vista.

¡Allí estaba ella tendida en el suelo, rígida, desfigurada, muerta!

Entonces lo comprendí todo!

Ella, Diana, la perra mas hermosa que ha nacido de perra, habia sido víctima de la *morcilla oficial*. ¡El sereno se la habia propinado!

En mi desesperacion tomé un vaso.... de agua y me acosté.

M. J. Ruiz.

## POESIA ALEMANA.

### INVIERNO Y ESTÍO.

(De Heine.)

Brilla en tu rostro del estío ardiente  
El fuego que devora, mas el frio  
Crudo invierno en tu alma está presente.  
Los tiempos volarán. ¡Ya del estío  
Sentirás en el alma el fuego interno,  
Mas en tu rostro se verá el invierno!

### LA PARTIDA.

(De Huhland.)

—¿Qué es eso, madre, que escucho?  
Dó resuena esa armonía?  
Negra es la noche, ¿quién turba  
Mi sueño y mi alma agita...?  
Quién á nuestras puertas llama  
Tan tarde, quién, madre mia?  
—Nadie, hijo mio; la calle  
Solitaria está y tranquila  
Y á nuestras puertas no llaman.  
Ay! es tu fiebre... Deliras...!  
—Madre mia, no, es de un ángel  
La música tan divina...  
Con el ángel voime al cielo:  
Adios, me voy, madre mia...!

J. Fernandez Matheu.

## PEDRO.

### I.

#### LA NOCHE TERRIBLE.

Es una noche del crudo invierno.

Ni una estrella se divisa en los espacios. Ni un rayo de luna ilumina los campos de Vizcaya. Entre la oscuridad de la noche no se oye mas ruido que el acompasado y monótono del agua que cae en gran cantidad, y el sordo murmullo de algun torrente que baja de las colinas, arrastrando en su curso ramas y árboles enteros.

El campo está desierto....

En una palabra, es una noche terrible.

Las gotas de agua producen un ruido extraño al chocar con los cristales de la pequeña casa de Pedro, situada á una legua próximamente de Orduña.

Pedro está sentado junto á unos leños que arden en el hogar, é iluminan débilmente la habitacion con su luz rojiza.

No hay mas luz que la que la lumbre del hogar esparce.

Pedro está pensativo.

De vez en cuando se ven temblar sus manos. Un gesto ágrío se marca en su rostro, cual si luchase en vano por alejar alguna funesta idea.

Pedro tiene de cuarenta á cincuenta años.

Su faz es pálida y descarnada.

Su mirada sombría....

Un grueso capote ordinario cubre sus miembros.

A su derecha, apoyada en la pared tiene una escopeta, á la que mira de vez en cuando, cual si fuese su única compañera en el mundo.

Y sus miradas son tristes, y revelan un profundo pesar en su alma.

Un grito interior parece que le llama y que le acusa; y por eso levanta, como sobresaltado, algunas veces la cabeza.

Pedro es sin duda, un hombre que padece, un hombre acosado por los remordimientos.

De vez en cuando el trueno zumba en los espacios, y á cada trueno que oye tiembla Pedro, como si el cielo le amenazase.

Pedro cree sentir de vez en cuando golpes extraños á su puerta, lo cual, junto con la tormenta y los remordimientos, le tiene agitado y tembloroso.

En esto, un golpe mas fuerte que los anteriores sonó en la puerta.

Pedro, cual si aquel hubiese sido dado en su cuerpo, dió un salto repentino, y cogió el arma que tenia cargada, y levantó el gatillo.

Las fuerzas le abandonaban....

Le faltaba el aliento.

Al fin se repuso y llegó hasta la puerta, hácia donde se dirigia la boca de su escopeta.

### II.

#### EL MENDIGO.

Quiso hablar, mas no pudo articular un sonido.

Un frio intenso debilitaba su corazon.

En esto se escuchó otro golpe.

Pedro al punto tembló; mas luego exclamó con fingido valor:

—¿Quién es?... ¡Dios!

—Abridme, por Dios y el Cielo os lo premie.

—¿Y quién sois? decidme.

—Soy un pobre á quien ha cogido la tormenta en el camino.

—¡Pobre, sí!... ¡Quizá algun ladron que vendrá á robarme mis tesoros!... dijo para sí Pedro.

—¿Me abris, buen hombre?...

—Yo no sé quién sois...

—Un hombre como vos...

—Yo no os abro... ¡podreis ser ladron!... ¡podreis robarme!...

—Abridme y no me dejéis expuesto á la tormenta.

—Podeis marchar que yo no os abro.

—¡Por Dios!

—¡Id pronto!... Que el sitio que pisais no es vuestro, que es del señor amo de este recinto...

La voz del mendigo aterraba á Pedro.

—Dadme siquiera una limosna...

—Nada oigo: os digo que marcheis, ú os suelto mis perros...

—Adios... el Cielo no os lo tome en cuenta...

Un ¡ay! de angustia se escuchó entonces fuera de la puerta del avaro... un ¡ay! repetian los montes y los valles... y ¡ay! resonaba en el pecho de Pedro...

(Concluirá.)

## MISCELÁNEA.

El señor don Narciso Campillo, distinguido poeta sevillano, y uno de los que con más fé y entusiasmo conservan las buenas tradiciones de aquella escuela que ilustraron los Herreras y Riojas, ha dado á luz un bellissimo tomo de poesías, cuya adquisicion recomendamos á nuestros abonados, por ser digno de figurar en las bibliotecas de las personas ilustradas y amantes de las Bellas letras.

\* \*

Del precio del pan se ocupan nuestros colegas locales.

¿Por qué, si pronto tendremos que alimentarnos con aire?

\* \*

BALADA.—Remolino de polvo, ¿á dónde marchas?—A hundirme presto en el abismo marchó, —pues solo es ese mi destino. (Y era—el polvo de las ruinas de un palacio.)

Remolino de polvo, ¿á dónde marchas?—A este abismo en que todo al fin reposa:—pues solo es ese mi destino. (Y era—el polvo de las ruinas de una choza.)

Remolino de polvo, ¿á dónde marchas?—Voy á

ese abismo donde todo cae,—pues solo es ese mi destino. (Y era—el polvo de un cadáver.)

\*

\*

Háblase de convertir en manicomio, casa de locos por otro nombre, el ex-convento de San Gerónimo, situado en la sierra á una legua de distancia de Córdoba. Hágase, y muchas gracias por el favor.

Pues los vates de esta tierra que allí á encontrarnos lleguemos, por habitar en la sierra muy contentos viviremos.

\*

\*

Un filósofo.—La antorcha de la verdad quema muchas veces la mano del que la lleva.

Consecuencia.—Di siempre mentiras si no quieres quemarte.

Séneca.—Bueno es tener fama, pero mejor es tener dinero.

Un positivista.—No ha habido otro hombre mas sábio que Séneca en el mundo.

Proverbio árabe.—Las mejores visitas son las mas cortas.

Un enfermo desahuciado.—Escluyendo las de los médicos, estoy conforme.

Erasmus.—La felicidad consiste en conformarse con la suerte, en querer ser lo que uno es.

Yo.—¿Conoció usted algun hombre feliz, señor Erasmus?

\*

\*

El Guadalquivir desea que nos traigan trigo extranjero. El Tesoro disiente de su estimado colega: en vez de trigo, que nos traigan y nos den dinero. Esta es la panacea universal.

\*

\*

Los periódicos locales cantan á la lluvia en coro: si llovieran suscripciones aun fuera mayor su gozo.

\*

\*

Solucion á la charada del número anterior:

PAPAGAYO.

\*

\*

CHARADA.

En monedas se vé, y en tierra nace: Tal mi primera es, y á mas abono Que á un pueblo muy potente verla place Adornando las gradas de su trono. Es fiera mi segunda y siempre yace Allá en las tierras donde nace el mono, Y en mi *todo* hay palacios, calles, fuentes, Ricos y pobres, cuerdos y dementes.

Editor responsable, D. Abelardo Diaz.

CÓRDOBA:—1867.

Imprenta de El Guadalquivir, Pescadores, 17.